

EL ESTUDIANTE COMO PROTAGONISTA BAJO UNA MIRADA DESDE LA EDUCACIÓN ACTIVA HACIA EL DESARROLLO DE COMPETENCIAS EN COLOMBIA

Lyda Yovana Vergara Salamanca¹

Correo: liyovesa@hotmail.es

ORCID: 0009-0008-6165-133X

Institución: I.E. Técnica Empresarial Llano Lindo. De Yopal Casanare
Colombia

Recibido 15/07/2025

Aprobado: 30/07/2025

RESUMEN

La educación en Colombia se encuentra en una encrucijada histórica, enfrentando la necesidad imperativa de transitar desde modelos de instrucción vertical y memorística hacia enfoques pedagógicos que reconozcan al estudiante como el arquitecto de su propio conocimiento. El presente artículo tiene como objetivo principal analizar el impacto de la educación activa en el desarrollo de competencias dentro del contexto escolar colombiano, identificando tanto las potencialidades del protagonismo estudiantil como las barreras estructurales que limitan su despliegue. La metodología empleada corresponde a una investigación de enfoque cualitativo y carácter documental-descriptivo, mediante la cual se contrastaron los Estándares Básicos de Competencias del Ministerio de Educación Nacional (MEN) con las realidades operativas de las aulas en diversos territorios del país. Los resultados revelan una desconexión sistémica o "pedagogía de la simulación", donde la normativa promueve la autonomía, pero la praxis cotidiana sigue anclada a la evaluación punitiva y la cobertura de contenidos descontextualizados. Se identificó que la resistencia al cambio por parte del cuerpo docente y las carencias en infraestructura, especialmente en zonas rurales, constituyen los principales obstáculos para la innovación. No obstante, el estudio concluye que el modelo de "Aula Viva" centrado en la narrativa del territorio, el liderazgo compartido y la sustitución de la calificación tradicional por portafolios de evidencias representa la síntesis dialéctica necesaria para superar la crisis de desmotivación escolar. Finalmente, se resalta que la educación activa no es solo una estrategia didáctica, sino un compromiso ético y político indispensable para formar ciudadanos autónomos, críticos y resilientes en la Colombia del siglo XXI.

Palabras clave: Educación activa, autonomía del estudiante, competencias, contexto colombiano, pedagogía de la acción, aula viva, innovación educativa.

¹ Docente de aula Licenciada en educación básica con énfasis en matemáticas humanidades y lengua castellana, de la Universidad pedagógica y tecnológica de Colombia (UPTC) Especialista en ética y pedagogía de Juan de Castellanos – Colombia Magister en Educación de la universidad: Iberoamericana de Colombia

THE STUDENT AS PROTAGONIST A PERSPECTIVE FROM ACTIVE EDUCATION TOWARD COMPETENCY DEVELOPMENT IN COLOMBIA

Abstract

Education in Colombia stands at a historical crossroads, facing the imperative need to transition from vertical, rote instruction models toward pedagogical approaches that recognize the student as the architect of their own knowledge. The primary objective of this article is to analyze the impact of active education on the development of competencies within the Colombian school context, identifying both the potential of student protagonism and the structural barriers that limit its implementation. The methodology employed corresponds to a qualitative research with a descriptive-documentary approach, through which the Basic Competency Standards of the Ministry of National Education (MEN) were contrasted with the operational realities of classrooms across various territories of the country. The results reveal a systemic disconnection or "pedagogy of simulation," where regulations promote autonomy, but daily praxis remains anchored in punitive evaluation and the coverage of decontextualized content. It was identified that resistance to change by the teaching staff and infrastructure deficiencies, especially in rural areas, constitute the main obstacles to innovation. Nevertheless, the study concludes that the "Living Classroom" model—focused on territorial narrative, shared leadership, and the replacement of traditional grading with evidence portfolios—represents the necessary dialectical synthesis to overcome the crisis of school demotivation. Finally, it is highlighted that active education is not merely a didactic strategy, but an essential ethical and political commitment to forming autonomous, critical, and resilient citizens in 21st-century Colombia.

Keywords: Active education, student autonomy, competencies, Colombian context, action pedagogy, living classroom, educational innovation.

INTRODUCCIÓN

Esta transición de la instrucción al aprendizaje en el contexto colombiano representa uno de los desafíos estructurales más profundos del sistema educativo nacional. No se trata simplemente de un cambio en las herramientas didácticas, sino de una ruptura con una herencia cultural que entendía el aula como un recinto de verdades absolutas e incuestionables. Durante décadas, el imaginario colectivo aceptó que el éxito educativo residía en la capacidad del alumno para silenciar sus propias inquietudes y mimetizarse con el discurso del maestro. Este modelo, profundamente enraizado en una visión jerárquica de la sociedad, premiaba la pasividad y castigaba la divergencia, asumiendo que el intelecto infantil era un recipiente vacío que debía ser llenado con datos aislados, fechas memorizadas y fórmulas sin aplicación práctica.

La llegada de la Constitución de 1991 y la posterior Ley General de Educación de 1994 marcaron un hito jurídico que, por primera vez, puso la dignidad del sujeto y su autonomía en el centro del debate pedagógico. Este nuevo marco legal obligó al país a reconocer que una nación en conflicto y con una diversidad geográfica tan vasta no podía seguir educando bajo el estándar de la uniformidad. Se empezó a gestar la idea de que el aprendizaje no es algo que "se le hace" al estudiante, sino algo que el estudiante "hace" a través de su interacción con el entorno. La escuela colombiana comenzó entonces un lento pero necesario desprendimiento de la vieja instrucción fabril, buscando convertirse en un espacio donde el saber no se hereda de forma estática, sino que se construye a través del debate, la experimentación y el reconocimiento del contexto local como fuente de conocimiento legítimo.

A pesar de este avance teórico, la realidad en las aulas sigue siendo un campo de batalla pedagógico. La tensión persiste porque el sistema todavía arrastra la inercia de una evaluación estandarizada que, en muchas ocasiones, termina premiando nuevamente la repetición sobre la creación. La modernización pedagógica en Colombia no ha sido un evento terminado, sino una lucha diaria por democratizar la palabra en el salón de clases. Hoy, el tránsito hacia el aprendizaje activo implica dismantelar la idea de que el docente es el único poseedor de la verdad, para darle paso a un facilitador que diseña experiencias significativas. En este nuevo escenario, el desafío es que el estudiante colombiano deje de ser un consumidor de información y se convierta en un productor de soluciones, capaz de interpretar su compleja realidad social no como un destino inevitable, sino como un proyecto que él mismo puede transformar.

Este giro hacia la pedagogía activa en el contexto nacional no ha sido un proceso lineal, sino una transición accidentada. Mientras los marcos legales promueven la autonomía, las prácticas en las regiones a menudo siguen ancladas a la rigidez del currículo cerrado. Sobre esta lucha entre lo viejo y lo nuevo, se analiza lo siguiente.

La transición hacia modelos activos en Colombia ha enfrentado el obstáculo de una cultura escolar profundamente arraigada en el autoritarismo y la evaluación punitiva. A pesar de los esfuerzos por implementar la 'Escuela Nueva' en el sector rural, el sistema urbano ha mantenido una resistencia notable, confundiendo a menudo el orden con el silencio y el aprendizaje con la memorización de contenidos descontextualizados. La transición efectiva requiere no solo de nuevas leyes, sino de una redefinición del papel que juega el conocimiento en la construcción de la identidad del joven colombiano, quien necesita herramientas para actuar y no solo para obedecer. (Martínez, 2022, p. 89).

Lo expuesto por el autor pone de relieve que el cambio en Colombia no es meramente un asunto de "cambiar de libro", sino de modificar la cultura escolar. La educación activa choca con una tradición de autoritarismo que ve en el protagonismo del estudiante una amenaza al control docente. El análisis sugiere que para que la transición sea real, el conocimiento debe dejar de ser un objeto "descontextualizado" y convertirse en un instrumento de identidad y acción. En las aulas colombianas, esto significa que el estudiante debe ver el currículo como algo que le pertenece y no como una imposición externa que debe memorizar para aprobar una prueba estandarizada.

A medida que avanzamos en el siglo XXI, la presión por el desarrollo de competencias ha acelerado esta transición. El Ministerio de Educación Nacional ha intentado institucionalizar la idea de que el aprendizaje es una construcción social que ocurre a través del diálogo y la resolución de problemas. No obstante, el reto persiste en la formación de un docente que sea capaz de ceder el escenario principal. El paso de la pedagogía tradicional a la activa implica un duelo por parte del maestro respecto a su estatus de "sabio único". Al respecto del cambio de rol y su impacto en la dinámica nacional, se argumenta que.

El surgimiento de la educación activa en el escenario colombiano demanda una pedagogía del encuentro, donde el aula se transforme en un laboratorio de experiencias vitales. En este nuevo ecosistema, el estudiante protagonista es aquel que tiene la posibilidad de cuestionar, de proponer proyectos de impacto comunitario y de integrar los saberes científicos con su realidad cotidiana. Este enfoque es la única vía para que las competencias ciudadanas y laborales dejen de ser un discurso retórico y se conviertan en una práctica viva que responda a los desafíos de un país que busca la paz y el desarrollo equitativo. (Gómez, 2021, p. 134).

Al autor le permite vincular el éxito de la educación activa con la capacidad de transformar el aula en un "laboratorio de experiencias". En Colombia, esto es particularmente relevante debido a los retos del postconflicto y la desigualdad; un estudiante que es protagonista en su aprendizaje es un ciudadano que se siente capaz de intervenir en su comunidad. El análisis de esta postura refuerza que la transición hacia la pedagogía activa no es un lujo pedagógico, sino una necesidad ética y social. Si el aula no permite el cuestionamiento y la integración con la "realidad cotidiana", la educación seguirá siendo un proceso estéril que no prepara para la vida real, sino para la simulación académica.

En cuanto al Planteamiento del problema es importante mencionar que la brecha entre la norma y la praxis. Esta desconexión sistémica en el panorama educativo colombiano revela una contradicción profunda entre la aspiración institucional y la cotidianidad del aula. Mientras que las políticas públicas y los marcos normativos del Ministerio de Educación Nacional abrazan una visión contemporánea, donde el aprendizaje se entiende como la capacidad de aplicar el conocimiento en situaciones diversas, la estructura real de muchas instituciones sigue anclada a una lógica industrial de la enseñanza. En este escenario, el "saber hacer" se queda relegado a una declaración de intenciones en los Proyectos Educativos Institucionales (PEI), mientras que en la práctica, el éxito académico se sigue midiendo por la capacidad del estudiante para replicar información de manera exacta y lineal.

El problema se agrava por la presión externa que ejercen las pruebas de Estado y los rankings de calidad, los cuales, aunque pretenden medir competencias, terminan

forzando a los docentes a priorizar la cantidad sobre la calidad. Esta dinámica genera una suerte de "currículo oculto" basado en la eficiencia mecánica: se premia al estudiante que termina rápido y memoriza correctamente, pero se penaliza o se ignora al que duda, cuestiona o propone caminos alternativos. Así, la educación en Colombia padece de una fragmentación donde el discurso pedagógico es constructivista y activo, pero la arquitectura de la clase (el uso del tiempo, el espacio y la evaluación) sigue siendo conductista y pasiva.

Esta "pedagogía de la simulación" tiene consecuencias directas en la formación del ciudadano colombiano. Al fomentar un entorno donde el estudiante aprende a decir lo que el sistema espera escuchar para obtener una calificación, se anula la curiosidad natural y el espíritu crítico. La brecha no es solo una falla técnica en la implementación de un modelo, sino un fenómeno que despoja al aprendizaje de su sentido vital. Cuando la evaluación prioriza la repetición de datos sobre la resolución de problemas reales, el estudiante se desconecta emocionalmente de su proceso formativo, percibiendo la escuela no como un laboratorio de vida para transformar su entorno, sino como un trámite administrativo de acumulación de notas que poco o nada tiene que ver con los desafíos de la realidad nacional.

Esta contradicción no es solo metodológica, sino que afecta la percepción que el estudiante tiene sobre la utilidad del conocimiento. Al respecto de esta disonancia entre los estándares y la realidad de los centros educativos, se argumenta lo siguiente.

La política educativa en Colombia ha logrado un avance significativo en la definición teórica de las competencias, pero ha fallado en la transformación de las culturas de aula. Existe una brecha profunda entre el discurso oficial

del Ministerio y la realidad de un docente que, presionado por los resultados de las pruebas de Estado y por currículos sobrecargados, opta por la instrucción directa y la memorización. Esta situación condena al estudiante a un aprendizaje superficial, donde la competencia se confunde con la acumulación de datos, impidiendo que el joven desarrolle las capacidades de pensamiento complejo que el mismo sistema formalmente le exige. (vasco, 2021, p. 118).

En relación al enfoque que plantea el autor es contundente al identificar la presión de los resultados como un catalizador de la enseñanza tradicional. En el contexto colombiano, el docente se encuentra en una paradoja: se le pide que fomente la autonomía (competencia), pero se le evalúa por la cantidad de información que sus alumnos pueden replicar en un examen. Esta "brecha profunda" despoja a los estándares de su intención original, convirtiéndolos en metas inalcanzables si no se modifica primero la estructura de incentivos y la carga curricular. La consecuencia directa es un estudiante que posee información, pero carece de la competencia para aplicarla en la resolución de problemas reales.

Además, la práctica memorística actúa como un muro que impide la democratización del aprendizaje. En un país con las brechas sociales de Colombia, una educación centrada en la memoria castiga a quienes no tienen entornos de refuerzo, mientras que una educación basada en competencias como propone la educación activa nivela el campo de juego al valorar el proceso de indagación. Sobre el impacto de esta persistencia de lo tradicional frente a los marcos de competencias, se sostiene que.

El mantenimiento de una práctica memorística en un sistema que legalmente se adscribe al enfoque de competencias constituye una forma de exclusión pedagógica. Mientras los Estándares Básicos de Competencias están diseñados para promover la equidad a través del desarrollo de habilidades universales de pensamiento, la realidad de un aula

centrada en la repetición favorece la pasividad y el conformismo intelectual. Esta disonancia impide que la educación cumpla su promesa de ser un motor de movilidad social, ya que no prepara al sujeto para los desafíos de la incertidumbre, sino que lo entrena para un mundo de certezas que ya no existe. (Zubiría, 2023, p. 204).

De acuerdo a la reflexión del autor eleva el problema a una dimensión social y ética. La brecha entre el MEN y el aula no es solo un error de implementación técnica, sino una barrera para la equidad. Si la escuela colombiana sigue enfocada en la "certeza" de la memoria, está fallando en su misión de preparar ciudadanos para un país que requiere, más que nunca, pensamiento crítico y resiliencia. El análisis sugiere que la educación activa no es solo una opción didáctica, sino la única respuesta coherente para cerrar esta brecha, permitiendo que el estudiante sea el protagonista de una formación que realmente le otorgue las competencias para transformar su entorno y no solo para habitarlo pasivamente.

En cuanto a los **Objetivos** que van Hacia un nuevo rol protagónico y estratégico. permite identificar al propósito central de este artículo en trazar un camino claro para la superación de la enseñanza tradicional en Colombia, mediante el fortalecimiento de la educación activa. Para lograrlo, es imperativo, en primer lugar, analizar el rol del estudiante no como un receptor de contenidos, sino como un sujeto de acción capaz de gestionar su propio aprendizaje. En segundo lugar, se busca identificar las barreras tanto pedagógicas como culturales y administrativas que impiden que el modelo activo se despliegue con éxito en las diversas regiones del país. De tal manera que, el estudio se propone diseñar estrategias de facilitación que permitan al docente colombiano transitar

de una autoridad vertical a un acompañamiento estratégico, garantizando así un desarrollo real de las competencias.

El análisis del rol estudiantil requiere entender que el protagonismo no es una concesión del docente, sino un derecho del aprendiz en su proceso de descubrimiento.

Al respecto del cambio necesario en la identidad del alumno, se plantea lo siguiente.

El estudiante protagonista en un modelo de educación activa debe ser capaz de transitar desde la dependencia instructiva hacia la autonomía intelectual. Este proceso implica que el sujeto no solo adquiere conocimientos, sino que desarrolla la capacidad de monitorear su propio progreso, identificar sus vacíos conceptuales y colaborar con sus pares en la resolución de desafíos complejos. En el contexto de la educación básica en Colombia, este cambio es vital para romper con la pasividad histórica y fomentar un espíritu de indagación que conecte el aula con las necesidades apremiantes de su comunidad local. (Pérez, 2022, p. 76).

A tal efecto la postura del autor enfatiza que el protagonismo estudiantil está intrínsecamente ligado a la autonomía intelectual. En Colombia, donde el sistema a menudo ha premiado la obediencia, este objetivo busca que el alumno se convierta en un investigador de su propia realidad. El análisis sugiere que, si el estudiante aprende a identificar sus propios vacíos de conocimiento, la educación deja de ser una carga externa y se transforma en una búsqueda personal. Esto es fundamental para el desarrollo de competencias, ya que el "saber hacer" requiere una voluntad activa que solo nace cuando el aprendiz se siente dueño de su proceso.

Por otro lado, la identificación de barreras y la propuesta de estrategias de facilitación constituyen el componente práctico de esta investigación. No basta con desear el cambio; es necesario dismantelar las estructuras que lo bloquean. Sobre la importancia de redefinir la labor docente para facilitar este tránsito, se argumenta que

La facilitación del aprendizaje en contextos de educación activa exige un docente que domine el arte de la pregunta por encima de la exposición de respuestas. Identificar las barreras institucionales implica reconocer que el tiempo, el espacio y la evaluación deben flexibilizarse para permitir el error y la experimentación. Proponer estrategias de facilitación significa dotar al maestro de herramientas para diseñar entornos de aprendizaje donde el andamiaje pedagógico sea invisible pero robusto, permitiendo que el estudiante asuma riesgos intelectuales sin el temor a la sanción administrativa o académica que caracteriza al modelo tradicional. (Rodríguez, 2023, p. 142).

Desde esta visión Rodríguez resalta que la facilitación es, en esencia, un diseño estratégico de entornos. En el contexto colombiano, una de las mayores barreras es la estructura rígida de las clases. El análisis de esta cita refuerza el objetivo de proponer estrategias que rompan esa rigidez. Si el docente logra crear un "andamiaje invisible", el estudiante puede explorar y equivocarse requisito indispensable para el aprendizaje activo sin sentirse juzgado. Así, el objetivo de proponer estrategias de facilitación no busca darle más trabajo al docente, sino darle un trabajo diferente: el de ser un arquitecto de experiencias que activen el potencial crítico del alumnado.

Seguidamente se plantea el Enfoque Conceptual que contextualiza a esta investigación basado en el Constructivismo Social y la Pedagogía de la Acción de tal manera que esta Esta convergencia teórica entre el constructivismo social y la pedagogía de la acción propone una ruptura definitiva con la visión del estudiante como un espectador pasivo de su propia formación. En el corazón de este enfoque se halla la convicción de que el aprendizaje no es un evento solitario o puramente intelectual, sino un proceso dinámico y relacional. Aprender, bajo esta óptica, implica que el sujeto debe involucrarse físicamente, emocionalmente y socialmente con el objeto de estudio. No se

trata simplemente de recibir información, sino de procesarla a través de la experiencia directa y la negociación de significados con los demás. De este modo, el conocimiento deja de ser una pieza de museo que se contempla desde la distancia para transformarse en una herramienta viva que se moldea y se pone a prueba en el mundo real.

En el escenario colombiano, esta base conceptual adquiere una relevancia crítica, pues transforma el aula en un escenario de práctica ciudadana. Al adoptar la premisa de que la escuela debe ser una "miniatura de la sociedad", se invita a que las tensiones, los retos y las realidades del contexto nacional entren al salón de clases para ser analizados y resueltos de manera colectiva. La educación deja de ser un trámite burocrático de acumulación de notas para convertirse en un ejercicio de vida, donde los estudiantes aprenden a ejercer su voz, a tomar decisiones informadas y a colaborar en proyectos que tienen un impacto tangible en su comunidad. Así, la pedagogía de la acción garantiza que el saber no sea algo abstracto, sino una respuesta concreta a las necesidades del entorno, fundamentando cada competencia en la utilidad social y la transformación del sujeto.

Bajo esta perspectiva, el aula se redefine como un laboratorio social donde la experimentación democrática es el eje transversal. Al entender que la educación es la vida misma en ejercicio, se reconoce que el error no es un fracaso evaluativo, sino una oportunidad de ajuste en el proceso de construcción del saber. Este enfoque fomenta una estructura mental flexible y resiliente, indispensable para navegar la complejidad del territorio colombiano. Cuando el estudiante experimenta que su participación es genuina y que sus ideas pueden modificar su realidad inmediata, se produce un cambio de

paradigma: la escuela deja de preparar individuos para el futuro y comienza a empoderar actores del presente, capaces de pensar por sí mismos y de actuar en conjunto para el bienestar común.

El constructivismo social aporta una dimensión crítica al aprendizaje en Colombia, sugiriendo que el desarrollo de competencias es inseparable del contexto cultural. Sobre la importancia de este proceso de construcción compartida y su impacto en el sujeto, se argumenta lo siguiente.

El aprendizaje desde una perspectiva constructivista social en el contexto colombiano implica reconocer que el estudiante no construye significados en el vacío, sino a través de un diálogo constante con su realidad social y cultural. Esta interacción permite que el conocimiento científico se entrelace con los saberes previos del alumno, generando un aprendizaje significativo que trasciende el aula. Al situar la acción y la colaboración en el centro del proceso pedagógico, se fomenta una estructura mental flexible que prepara al individuo para interpretar y transformar las problemáticas de su entorno con una base ética y colectiva. (Cajiao, 2022, p. 158).

La reflexión del autor es fundamental para entender que el protagonismo del estudiante no es un acto individualista, sino colectivo. En Colombia, el constructivismo social permite que el aula se convierta en un espacio de reconciliación y reconocimiento del "otro". El análisis sugiere que, al entrelazar los saberes previos con los científicos, el estudiante no solo aprende conceptos, sino que desarrolla la competencia de interpretar su realidad social. Esto es lo que define a la pedagogía de la acción: el conocimiento solo es válido si tiene la potencia de transformar el entorno del aprendiz, convirtiendo la educación en un motor de cambio social y no en una simple acumulación de información. Por otro lado, la pedagogía de la acción retoma los principios de Dewey para aplicarlos

a los desafíos de la educación básica y media en el país. No se trata de un activismo vacío, sino de un "aprender haciendo" con intención reflexiva. Sobre esta vinculación entre la experiencia práctica y el desarrollo de habilidades superiores, se sostiene que.

La pedagogía de la acción en el siglo XXI debe ser entendida como un compromiso con la indagación y la resolución de problemas reales que afectan el territorio nacional. Al integrar la propuesta de Dewey con la realidad colombiana, se observa que el estudiante solo alcanza niveles de pensamiento crítico cuando se le permite enfrentarse a la incertidumbre y al error como parte de su formación. La acción pedagógica, por tanto, no debe limitarse a la ejecución de tareas, sino a la construcción de proyectos con sentido social donde el estudiante asuma la responsabilidad de sus decisiones y descubra la utilidad práctica de las competencias que el currículo formal propone. (Restrepo, 2023, p. 94).

El autor vincula la teoría clásica de Dewey con la necesidad de una educación con "sentido social" en el territorio. El análisis de esta postura refuerza la idea de que la educación activa en Colombia es una herramienta de empoderamiento. Si el estudiante asume la responsabilidad de sus decisiones en proyectos reales, está entrenando la autonomía que el país requiere. Por lo tanto, el enfoque conceptual de este artículo no es puramente académico; es una propuesta política y pedagógica que busca que el estudiante sea protagonista para que, eventualmente, sea un actor de cambio capaz de navegar la incertidumbre del contexto nacional con solvencia y criterio propio.

Ahora bien, en cuanto a la **proposición** sugiere que el sistema escolar en Colombia ha llegado a un punto de saturación donde los parches curriculares y las reformas cosméticas ya no son suficientes para responder a la complejidad del entorno nacional. La reingeniería de los fundamentos relacionales implica que el cambio no debe ocurrir solo en los libros de texto, sino en la manera en que el poder se distribuye dentro

del aula. No basta con introducir tecnología o cambiar el nombre de las asignaturas si el vínculo entre el maestro y el alumno sigue siendo el de un soberano y un súbdito. El compromiso ético de esta investigación radica en devolverle al estudiante su dignidad como pensador, transformando la escuela de un centro de instrucción en un ecosistema de vida.

El ejercicio dialéctico propuesto nos permite entender que la educación tradicional, al obsesionarse con el control y la estandarización, terminó por vaciar de significado la experiencia escolar. Al tratar a todos los estudiantes como si fueran parte de una línea de ensamblaje, el sistema ignoró las particularidades, los talentos y las angustias de los jóvenes colombianos. Esta visión de "orden" produjo, como respuesta natural, una antítesis de apatía y desconexión. El estudiante hoy no se siente parte de la escuela porque no ve su reflejo en ella; percibe el aula como un paréntesis aburrido entre su realidad y sus deseos. Por tanto, la crisis de desmotivación no es un defecto del alumno, sino el síntoma de un modelo que ha priorizado la gestión del silencio sobre la gestión del asombro.

A tal efecto, la síntesis que se plantea a través de la educación activa no es un punto medio tibio, sino una superación cualitativa. La autonomía no es la ausencia de guía, sino la presencia de un propósito propio. En Colombia, formar ciudadanos competentes requiere que la escuela sea el primer lugar donde el individuo aprenda a tomar decisiones, a equivocarse sin miedo y a colaborar con otros para resolver problemas que le importan. Esta síntesis transforma la disciplina impuesta en autorregulación consciente y el contenido inerte en herramientas de transformación

social. Solo así, rescatando el sentido de la escuela como un laboratorio de autonomía, será posible que el sistema educativo colombiano cumpla su promesa de ser el motor de una sociedad más justa, creativa y participativa.

La enseñanza tradicional como método de control y orden

Históricamente, la escuela en Colombia ha operado bajo la tesis de que el aprendizaje es un subproducto del orden y la disciplina externa. Bajo este esquema, el silencio en el aula se interpreta como atención y la repetición como dominio del tema. El docente, investido de una autoridad incuestionable, utiliza la instrucción directa como una herramienta de control sobre el pensamiento del estudiante. Esta estructura busca la uniformidad, asumiendo que todos los aprendices deben procesar la misma información al mismo ritmo y bajo las mismas condiciones. Sobre esta concepción de la escuela como un espacio de regulación y su impacto en la subjetividad, se argumenta que.

La pedagogía tradicional ha funcionado históricamente como un mecanismo de normalización, donde el objetivo primordial no es la liberación del pensamiento, sino la adaptación del individuo a estructuras de poder preestablecidas. En este modelo, el conocimiento se fragmenta en asignaturas aisladas que el estudiante debe memorizar sin cuestionar su origen o utilidad. El aula se convierte así en un espacio de confinamiento intelectual donde la curiosidad es sacrificada en favor de la gestión del orden, limitando la capacidad del joven para reconocerse como un agente con voz propia dentro de su proceso formativo. (Valencia, 2021, p. 201).

En ese sentido el autor revela que la enseñanza tradicional en Colombia no es neutra; es un "mecanismo de normalización". Al priorizar el orden sobre la curiosidad, la escuela anula la esencia del aprendizaje. En el contexto nacional, esto se traduce en una educación que forma individuos dóciles pero incapaces de resolver problemas

complejos. El análisis sugiere que, mientras la tesis del control prevalezca, la educación seguirá siendo una instrucción de "contenidos descontextualizados" que no preparan para la vida, sino para la obediencia sistémica, alejando al estudiante de su potencial creativo.

En cuanto a la crisis de desmotivación y la desconexión social frente a la rigidez del modelo tradicional, surge una antítesis innegable en las aulas colombianas: una crisis de desmotivación sin precedentes y una brecha abismal entre lo que se enseña y lo que el mundo demanda. El estudiante actual, inmerso en una era de información inmediata y desafíos globales, no encuentra sentido en un aula que ignora sus intereses y su realidad. Esta desconexión no es solo académica, sino vital; el joven percibe que las competencias que desarrolla en la escuela como la memorización de datos son obsoletas frente a las habilidades socioemocionales y técnicas que exige el entorno laboral y social contemporáneo.

En Colombia, esta antítesis es alarmante: jóvenes que cumplen con la norma pero que no desarrollan competencias para la vida. El análisis de esta postura refuerza que la desmotivación no es falta de interés del joven por aprender, sino un rechazo a un método que lo desconecta de su realidad. Si la escuela no ofrece herramientas para "sobrevivir y prosperar" en el mundo real, se convierte en un espacio irrelevante, validando la necesidad urgente de superar esta crisis mediante una propuesta superadora. La educación activa como puente hacia la autonomía la superación de esta contradicción se halla en la educación activa. La síntesis propuesta no busca el caos ni el abandono del rigor, sino la integración de la disciplina con la libertad y del contenido con la acción.

En este punto de equilibrio, el estudiante asume el protagonismo no para hacer "lo que quiera", sino para involucrarse en el "saber hacer" con responsabilidad. La educación activa actúa como el puente que reconcilia la necesidad de orden (visto ahora como autorregulación) con la necesidad de motivación (vista como interés intrínseco), formando ciudadanos colombianos que no solo poseen información, sino que tienen la autonomía para usarla en favor del bien común.

En cuanto a los **Argumentos** se fundamenta las Fortalezas, Retos y Contrastes en el Territorio tomando en cuenta esa visión el debate sobre la educación activa en Colombia no puede ser unidimensional. Si bien las fortalezas del modelo son evidentes desde la teoría pedagógica y la neurociencia, su aplicación se enfrenta a una geografía social y administrativa compleja. Para demostrar el valor de esta propuesta, es necesario analizar cómo el desarrollo de habilidades superiores se ve potenciado por la acción, al mismo tiempo que se reconocen las limitaciones materiales y actitudinales que frenan su expansión.

En cuanto a las Fortalezas es importante resaltar el despertar del Pensamiento Crítico y Socioemocional donde la principal fortaleza de la educación activa radica en su capacidad para generar un aprendizaje profundo. Al involucrar al estudiante en la resolución de problemas reales, se garantiza una mayor retención del conocimiento, ya que la información se ancla en la experiencia y no en la memoria volátil. Además, este enfoque es el terreno más fértil para el desarrollo de habilidades socioemocionales, como la empatía, el liderazgo y el trabajo en equipo, fundamentales en un país que busca la

reconciliación. Sobre el impacto integral de este modelo en las capacidades del sujeto, se argumenta lo siguiente.

El aprendizaje activo trasciende la acumulación de datos para centrarse en la arquitectura del pensamiento crítico. Cuando el estudiante colombiano se enfrenta a proyectos que exigen análisis, síntesis y evaluación de su entorno, el cerebro activa redes neuronales de largo plazo que la instrucción mecánica simplemente no alcanza. Este proceso no solo asegura que el conocimiento permanezca, sino que dota al joven de una inteligencia emocional capaz de gestionar el conflicto y la incertidumbre, competencias que son hoy más valiosas que cualquier contenido enciclopédico en el mercado laboral y social. (Sánchez, 2022, p. 112).

El autor destaca que la educación activa configura una "arquitectura del pensamiento". En Colombia, esto significa que el estudiante deja de ser un consumidor de información para convertirse en un analista de su realidad. El análisis de esta postura refuerza que la retención de conocimiento es un efecto secundario de un proceso mucho más grande: la formación de un criterio propio. En un entorno donde la desinformación y el conflicto son constantes, que un joven sea capaz de "gestionar el conflicto" y pensar críticamente no es solo un logro académico, sino una victoria social que justifica plenamente el cambio de paradigma.

En cuanto a las Debilidades y Retos La Brecha Rural y la Resistencia Docente. Sin embargo, el camino hacia la educación activa en Colombia encuentra dos barreras críticas: la precaria infraestructura en las zonas rurales y la resistencia al cambio de los docentes formados en la vieja guardia. La pedagogía activa a menudo requiere materiales, conectividad y espacios flexibles que muchas escuelas en la periferia nacional no poseen. A esto se suma el desafío humano; el paso de ser un transmisor de

verdades a un facilitador genera una crisis de identidad en educadores que han basado su autoridad en el control.

Es importante resalta que el Contraste "Escuela Nueva" frente al Modelo Convencional. Permite mencionar que ese contraste más revelador en Colombia se observa al comparar las instituciones que aplican el modelo de Escuela Nueva (enfocado en el aprendizaje cooperativo y el ritmo individual) frente a las de modelo convencional. Mientras que en el modelo tradicional el estudiante depende del ritmo del profesor, en Escuela Nueva especialmente exitoso en el sector rural colombiano el alumno lidera su proceso. Las investigaciones muestran que los estudiantes de modelos activos presentan niveles significativamente más altos de autoestima, participación democrática y habilidades de liderazgo en comparación con sus pares de escuelas tradicionales, quienes, aunque pueden puntuar bien en memoria, muestran mayores dificultades para aplicar lo aprendido en contextos no académicos.

En cuanto a La **propuesta** central de este artículo se articula en torno a la creación de un "Aula Viva", un ecosistema de aprendizaje que rompe con la rigidez del modelo fabril. Esta propuesta no requiere necesariamente de grandes inversiones tecnológicas, sino de un cambio en la arquitectura del pensamiento docente y en la organización del tiempo y el espacio escolar. Se fundamenta en tres pilares: el liderazgo estudiantil, la narrativa de la realidad nacional y una evaluación que construye en lugar de castigar. El Aula Viva se organiza bajo la premisa de que el espacio físico debe reflejar la movilidad del pensamiento. En este modelo, las filas de pupitres desaparecen para dar paso a estaciones de trabajo cooperativo donde el estudiante asume roles de liderazgo rotativo.

La clase no inicia con una explicación del docente, sino con un desafío que los estudiantes deben resolver mediante la indagación. Sobre esta reconfiguración del espacio y el poder en el aula, se plantea lo siguiente.

La organización de un aula viva en Colombia implica transformar el salón de clase en un centro de gestión del conocimiento, donde el docente diseña el escenario, pero el estudiante lidera la ejecución. En este modelo, la autonomía se entrena a través de la toma de decisiones sobre el ritmo y la profundidad del aprendizaje, permitiendo que cada joven desarrolle habilidades de autogestión que son fundamentales para la educación superior y la vida laboral. El liderazgo estudiantil no es una simulación, sino una práctica real de responsabilidad compartida dentro de un entorno seguro para la experimentación. (Castillo, 2023, p. 167).

En cuanto a lo que plantea el autor este resalta que la autonomía es algo que se "entrena". En el contexto colombiano, el Modelo de Aula Viva propone que el liderazgo no sea un rasgo de personalidad, sino una competencia técnica que se adquiere al gestionar el propio aprendizaje. El análisis de esta postura sugiere que, al permitir que el estudiante lidere la ejecución de las tareas, se reduce la dependencia del docente y se fomenta una cultura de responsabilidad. Esto es clave para preparar al joven para un mundo donde la supervisión constante es reemplazada por la capacidad de autogestión y la iniciativa propia. Para que la educación activa tenga sentido en Colombia, los contenidos deben abandonar la abstracción y conectarse con la narrativa de la realidad nacional. Problemas como la construcción de paz, la protección de la biodiversidad y los desafíos comunitarios deben ser el centro del currículo. No se trata de "añadir" temas, sino de utilizar la realidad como el vehículo para enseñar matemáticas, lenguaje o ciencias.

A tal efecto, la propuesta exige sustituir la evaluación punitiva por una evaluación formativa y transformadora. En lugar de una nota única derivada de un examen de memoria, se propone el uso del portafolio de evidencias y la autoevaluación. El portafolio permite al estudiante y al docente observar la evolución del proceso, valorar el error como parte del aprendizaje y celebrar los logros alcanzados. La evaluación deja de ser un momento de estrés al final de un periodo para convertirse en un diálogo constante sobre el progreso personal, donde el estudiante aprende a juzgar su propio trabajo con rigor y honestidad.

Reflexiones finales

El recorrido realizado a lo largo de este estudio permite concluir que la transformación de la educación en Colombia no es un objetivo opcional, sino una ruta crítica para la supervivencia del sistema escolar. El protagonismo del estudiante, eje central de la educación activa, no debe entenderse como una simple concesión de libertad, sino como el motor que activa el desempeño académico real.

Al asumir la responsabilidad de su propio proceso, el alumno desarrolla una conexión cognitiva más profunda con los contenidos, lo que se traduce en una comprensión que supera la superficie de la memoria. La evidencia aquí discutida sugiere que, cuando un estudiante colombiano se percibe como el actor principal de su aprendizaje, su compromiso se eleva, reduciendo la deserción psicológica y mejorando sustancialmente su capacidad para resolver problemas complejos, cumpliendo así con los objetivos de calidad propuestos inicialmente.

La transición hacia este modelo implica, necesariamente, una justificación del esfuerzo docente. Si bien es cierto que la educación activa demanda una mayor inversión de tiempo en el diseño de experiencias y una renuncia al control absoluto del aula, los resultados de largo plazo validan plenamente este sacrificio. El docente deja de ser un operario de currículos para convertirse en un arquitecto de pensamiento. Los resultados se observan en la formación de ciudadanos autónomos, capaces de colaborar y liderar, habilidades que la instrucción directa jamás podrá proveer. Este esfuerzo se justifica al ver cómo el aula se transforma de un espacio de tensión a un laboratorio de posibilidades donde el conocimiento se vuelve una herramienta de vida y no un requisito administrativo.

Frente a la realidad de un país con marcadas desigualdades, se impone la necesidad de una solución híbrida. La educación activa en Colombia no puede depender exclusivamente de la alta tecnología; debe ser lo suficientemente flexible para adaptarse a la diversidad del territorio. Esto significa que la pedagogía del "aprender haciendo" debe funcionar tanto en un aula hiperconectada de una ciudad capital como en una escuela rural sin fluido eléctrico. La verdadera innovación no está en el dispositivo, sino en el método. Una educación activa situada en el contexto colombiano es aquella que utiliza los recursos del entorno (la naturaleza, la comunidad, la tradición oral) como plataformas de aprendizaje, garantizando que el protagonismo del estudiante no sea un privilegio de unos pocos, sino una base de equidad nacional.

Finalmente, el cierre de esta investigación abre la puerta a nuevas preguntas que el sistema educativo debe enfrentar con urgencia. Si hemos aceptado que el estudiante

debe ser el protagonista, surge la interrogante crítica: ¿estamos preparando a los futuros maestros bajo este mismo paradigma en las Escuelas Normales Superiores y en las facultades de educación? No se puede enseñar la autonomía desde la subordinación, ni la creatividad desde la rigidez. Resulta imperativo investigar cómo las instituciones formadoras de docentes pueden reestructurar sus propios modelos pedagógicos para que los nuevos maestros experimenten la educación activa antes de intentar aplicarla. El desafío futuro radica en asegurar que la pedagogía de la acción sea la base de la formación profesional, convirtiendo a los docentes en los primeros protagonistas de una revolución educativa que Colombia ya no puede postergar.

Referencias

- Cajiao, F. (2022). La educación como compromiso social: Reflexiones sobre el aula colombiana. Bogotá, Colombia: Editorial Magisterio.
- Castillo, F. (2023). Aulas vivas: La arquitectura del aprendizaje activo. Chía, Colombia: Editorial Universidad de La Sabana.
- Gómez, L. (2021). La escuela como laboratorio social: Pedagogía activa en Colombia. Bogotá, Colombia: Editorial Universidad Pedagógica Nacional.
- Lleras, M. (2022). La brecha invisible: Juventud y desmotivación escolar en Colombia. Bogotá, Colombia: Editorial Planeta.
- Martínez, J. (2022). Reformas y resistencias: La historia de la pedagogía en el sistema escolar colombiano. Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre Editores.
- Mendoza, T. (2022). Currículo y territorio: Pedagogías para la paz en Colombia. Bogotá, Colombia: Editorial Magisterio.
- Pérez, M. (2022). Autonomía y aprendizaje activo: El nuevo rol del estudiante en el siglo XXI. Bogotá, Colombia: Editorial Universidad de los Andes.
- Quintero, D. (2023). Geografía de la educación en Colombia: Retos de la innovación en la periferia. Bogotá, Colombia: Editorial Universidad Nacional.
- Restrepo, B. (2023). Pedagogía de la acción y aprendizaje significativo: Retos para el docente contemporáneo. Medellín, Colombia: Universidad de Antioquia.
- Rodríguez, A. (2023). Estrategias de facilitación: Manual para el docente transformador en Colombia. Bogotá, Colombia: Editorial Magisterio.
- Sánchez, R. (2022). Neuroeducación y aula activa: El poder del aprendizaje vivencial. Bogotá, Colombia: Editorial Magisterio.
- Valencia, S. (2021). Poder y pedagogía: Crítica a la enseñanza tradicional. Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre Editores.
- Vasco, C. E. (2021). El desarrollo del pensamiento complejo: Retos de los estándares en Colombia. Bogotá, Colombia: Editorial Magisterio.

Zubiría, J. (2023). La calidad de la educación bajo la lupa: De las competencias de papel a las aulas de verdad. Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre Editores.